

ESTO, AQUELLO

PAISAJES INTIMOS

Belén

***** POR GUEL *****

CUANDO UNA POBLACIÓN SE VISTE DE LUTO POR LA MUERTE DE SU ALCALDE

NOSOTROS no conocimos a don Ramón Bassols. Pero hemos tenido tiempo y ocasión de hacernos una idea bastante afinada de la personalidad de aquel alcalde de Figueras, de cuyo fallecimiento prematuro se cumplen este año exactamente los veintisiete años. Es como si todavía los figuerenses lo vieran pasearse por las calles de la ciudad, presidir alguna conferencia o velada artística y subir y bajar las escaleras de la Casa Consistorial. Después de cinco lustros, la gente de Figueras sigue hablando de él.

Lo que no es posible ver por ahora, en algún departamento de la Casa de la Ciudad, y es preciso decir que es una distracción que no se explica, la injertación a una pared principal y visible de un busto o de una fotografía hogareña de don Ramón Bassols en el hogar municipal. Algún día la Sala de sesiones de nuestro Ayuntamiento será algo más que una sala de sesiones o de exposiciones: será también una Galería de figuerenses ilustres y de los gobernantes del municipio más aplicados y fervorosos.

Como decíamos, en el mandato de don Ramón Bassols nosotros éramos unos niños. Na obstante, nos ha sido relativamente fácil saber de él a través de figuerenses de más de cuarenta y cinco años y que dicen y pretenden todos haber conocido y tratado muy bien a dicho señor.

Sería largo enumerar las bondades de aquel señor alcalde y describir una por una sus actividades al frente de la Alcaldía de Figueras durante el periodo de su mandato. Resumiendo unas y otras, hemos llegado a la siguiente conclusión: Don Ramón Bassols murió a finales del mes de mayo de 1928. Si su vida y su gobierno municipal se hubiesen prolongado hasta el mes de abril de 1931, o sea, por unos tres años más, es casi seguro que Figueras no estaría actualmente tan comprometida y cogida en las mallas de una escasez de medios progresivos cada día más incómoda y peligrosa.

«Vivir con don Ramón Bassols y conversar con uno de los alcaldes de más envergadura que ha tenido esta ciudad, era un pasatiempo muy agradable», nos dijo una vez un hombre de izquierdas de Figueras. Lo cierto es que don Ramón Bassols llegó a hacerse respetar por todos los figuerenses. Si aquí no se dió nunca la unidad política, en cambio, en tiempos de don Ramón Bassols, la gente, bien tratada y muy bien mandada, se armonizó y gozó con aquella Alcaldía simpática, cortés, ceremoniosa, concisa, categórica, emocionante y caritativa.

Don Ramón Bassols no habló nunca de dificultades, de desastres, de miserias, de perecimientos o de extingos. Se sumía voluntariamente a un ayuno de palabras para que sus obras no tropezaran con los obstáculos de un tópico desacreditado o bien de una demagogia de prestado. Definió y defendió la administración local con sencillez y honroso dominio de las empresas, acciones y justicias municipales. Era un hombre de los que no se derriban fácilmente; tuvo más súbditos amigos, que le otorgaron hábilmente y complacidos su confianza, que inoportunos y vulgares «obligacionistas». Sin embargo, era el señor Bassols una persona muy sensible y tuvo alguna preocupación, más de un disgusto, que le ocasionaron algún incierto físico. Excesivamente moderado, la prudencia le sacó el alma antes del tiempo necesario y dejó de existir. Pero aún después de muerto le nacieron más sólidas amistades.

Era un ser muy cristiano y un ciudadano con más olfato artístico que político. Pero la política también es un arte, el arte de vivir si más no, o de saber convivir, que es más expresivo, y mientras a veces de la política se hace arte — al arte por la política —, don Ramón Bassols fue a la política por el arte. Y el arte, que es vida y vida suprema, porque subsiste, avanza, crece y abraza años, siglos y épocas, dió a don Ramón Bassols la pauta municipal a seguir para triunfar y hacerse de él mismo un recuerdo imperecedero entre los figuerenses. El arte lo popularizó y la bondad de su corazón enjugó muchas lágrimas e inevitablemente dejó verter muchas más en la hora de su muerte.

Cuando aquel alcalde se despidió de este mundo, hablando de arte y de artistas, divirtiéndose e ilustrando con sus palabras al público entusiasmado e incondicional que siempre deseaba escucharle, las primeras necesidades de la población estaban aseguradas. Por esto toda la ciudad se vistió de luto.

CON mirar al suelo ya se sabe que es invierno. Nunca como ahora, desnudo, está muerto el asfalto. Qué especial aire nos circunda, andando sobre el adoquín helado; qué calor de sonrisa, a flor de labio, pensando en la Buena Nueva.

A todo: al aire, a la luz, al trino de colores y a los hombres les pondríamos sobre la ciudad un slogan: «Ahora tiene usted la oportunidad de ser feliz». Y no variar, ser los mismos de siempre, solamente sentir continuamente ese calorillo interior y decir que, bien mirado, las cosas nos parecen siempre más terribles de lo que en realidad son.

Eso, como los niños que miran el Belén. Que llevan presentes tan valiosos como es la mirada futura. Con esa pura mirada que nace en no sé donde, pero que habla de un retno tan hondo y tan simple que nos deja sin voz. Nuestra voz que a veces sirve, sin decirnoslo, para afilar los propósitos de ser hombres. O para columpiarnos inútilmente un amor insolvente a muchos plazos.

Los niños cantaban villancicos. Como ángeles rubios, desordenado el pelo, y no apartando los ojos de los pastores, del campesino, del camino, del Portal. Y en el fondo el río de plata y la estrella de plata junto a la sombra, promesa presentida de los Magos. Cerca de los niños un anciano, silenciosamente, latía como ellos. Pero lentamente lloraba mejor de como lloran los niños.

Una noche para vivir cosas mágicas, para repartir con dorada caretila estrellas semi-azules con voces de villancico. Para decir que nos ha nacido Dios, otra vez. Para pensar que todo continúa, que todo seguirá, que volveremos a encontrarnos tan pequeños y tan tiernos y tan frágiles. Repetidamente las cosas vuelven. Repetidamente hay que ser así.

Nos es necesario tener ovillado dentro del corazón un paisaje de Belén.

VICENTE BURGAS GASCONS

GERONA AL TRASLUZ POR INMA DE ESPONA

SOÑANDO JUGUETES

SUBIENDO la empinada cuesta de las «Pedreras», se divisa Gerona y sus pueblos limítrofes, pero los ojos del niño gerundense están fijos en un punto más distante: allá, en la lejanía, los picachos de las montañas pirenaicas azules y nevadas, dejan entrever y desdibujarse tres siluetas; el niño con sus anteojos de «larga fé», los observa atentamente. Apenas si logra distinguirlas, ¡son tan pequeñas!.. Pero el calendario sigue su ritmo inalterable y el chiquillo sabe que pronto pisarán sus camello las calles de nuestra ciudad. Acaso su mente infantil se sienta un poco defraudada, los había imaginado ¡tan maravillosos!.. que la Cabalgata lenta y desvaída que cruza la Rambla y se detiene ante el Ayuntamiento, le produce cierto desencanto. Seguramente serán sus «representantes» piensa para consolarse.

Ha llegado el gran día; la gente menuda se apretuja colgando ilusiones en sus ojos niños. La Rambla aparece inundada de pequeñas luces ambulantes; son los clásicos farolillos que la mano insegura de los chiquillos hace bambolearse de un lado para otro, constituyendo uno de los espectáculos típicos de la vigilia del 6 de Enero.

«Viva els tres Reis de l'Orient
que porten coses a tota la gent...»

Las voces infantiles gritan y se empujan tras el envoltorio de bufandas y caperuzas. A veces unas lágrimas son el colofón de este canto bullicioso: el tenue acordeón de colorines se ha deshecho entre las llamas, pero no importa, con o sin farolillo los Reyes llegarán y sus juguetes producto de tantos sueños ilusionados, serán una realidad. Una realidad que se extiende a todos los hogares incluso los más humildes, gracias a la labor que en pro de los Reyes se realiza en la ciudad.

Y Gerona se alegra de nuevo con las sonrisas de los pequeños mientras en sus jardines y paseos destaca la nota llamativa de inúmeras «Cayetanas» y balones de colores.